

LA GUILLOTINA

- El señor presidente es un hombre muy ocupado. me gritó una especie de gigante con pelo a lo cepillo, de hombros anchos, y manos duras.

En la calle el ruido de los coches se confundía con las voces vagabundas de la gente que andaba a paso rápido por las aceras. Era día de fiesta nacional, pero todos estábamos acostumbrados a las prisas, y así andábamos siempre, incluso, en las bodas, o los días ociosos.

El periódico me había encargado una entrevista con el Presidente de la nación, y, ésta había sido concertada con anterioridad, como marca el protocolo burócrata, por mi secretaria, una mujer atractiva a pesar de sus años. Aún conserva la mirada cándida, la sonrisa amplia de los veinte años. Debió ser muy bonita a esa edad. Pero, además, era una de las personas más eficientes que he conocido nunca.

Y, ahora, aquel gorila de escasos modales me impedía la entrada a un acuerdo intersecretarial cerrado telefónicamente, hacía un mes. Todos los esfuerzos, el viaje, el avión, las interminables demoras de los vuelos, las horas perdidas en el aeropuerto, reclamando la maleta extraviada, sin poder ducharme en ese tiempo. Todo, para hablar treinta segundos con un hombre-armario, que, lo más interesante que dice es la hora cuando se le pregunta.

Salí a la calle a fumar un cigarrillo, con la cabeza hundida entre los hombros, sintiéndome sucio, cansado, y muy enfadado. Había abandonado el cumpleaños del pequeño Yago, por aquella entrevista. Solté el maletín en el suelo, junto a mi sombra, (hacía algunos días había cubierto la noticia de la muerte de la sombra de un hombre que la ahogó al intentar salvar a una mujer), saqué el paquete del bolsillo interno de la chaqueta, saqué un pitillo y lo puse entre mis labios, mientras buscaba el encendedor en

los demás bolsillos. De repente, una mano acercó una escueta llama al cigarro que colgaba, como suspendido por un hilo de saliva de mi labio.

- Parece que no ha tenido usted suerte con el señor presidente.- apoyó su espalda contra la pared.

Lo miré con curiosidad, pero sin alcanzar a ver sus ojos que se mantenían escondidos tras el ala de un sombrero gris. Era un hombre elegante, bien perfumado, y con un traje de no menos de 500 euros. Su mirada permanecía anclada al suelo, lo único que dejó escapar la sombra de su rostro fue una bocanada de humo. Después, arrojó el cigarrillo como se arroja una canica que intentas que llegue lo más lejos posible.

- ¿Quién es usted?.- pregunté con franca curiosidad.

- ¿Para qué quiere saberlo? ¿Qué puede importar eso? Digamos que soy alguien que desea que su viaje no haya sido en vano.- tosió y su tos era seca, hiriente.

Di un par de caladas a mi cigarrillo y lo tiré al suelo, aplastándolo con el pie. Me agaché despacio, no quería parecer impaciente, abrí el maletín y saqué un bloc de notas. Aquel hombre no me dijo de qué quería hablarme, pero, por su tono circunspecto, deduje que debía ser interesante. Él ladeó la cabeza e hizo un extraño ruido gutural.

- Puede que estos sean mis últimos meses, ¿sabe?.- su voz sonaba más amigable ahora.- El tabaco. Le recomiendo que lo deje ahora si puede, amigo.- miró el bloc de notas.- Hace bien, porque lo que voy a contarle va a resultarle de lo más interesante. Le hará falta esto también.- extrajo una pluma de su chaqueta y me la tendió.

- Gracias, siempre uso la mía. Pero, creo que la he perdido, es una pena, era un regalo por el que sentía verdadero aprecio. Oiga,- me interrumpí.- ¿No estaríamos más cómodos en un café?

- No, no puedo alejarme. Dentro de poco me echarán en falta, así que no tenemos mucho tiempo.

El hombre se desabrochó la chaqueta y se remangó la camisa por encima de las muñecas, dejando al descubierto un reloj carísimo y unas manos extrañamente descuidadas.

Yo hice lo mismo, depositando la chaqueta junto al maletín. Escribir de pie ya era difícil, pero hacerlo, además, con la chaqueta...

- Pues usted dirá.- le dije sin dar más rodeos.
- Bien, prepárese a escribir, y mucho.- alzó levemente la cabeza y dejó entrever una amplia sonrisa oblicua.- Usted ha venido a ver al presidente, ¿no es así?- asentí levemente con la cabeza.- Y le habrán dicho que al presidente le ha surgido algo muy importante, ¿no es así?
- ¡Aja!.- le contesté.- Eso es, exactamente, lo que me ha dicho el gorila de la puerta.
- Es cierto lo que le ha dicho Samuel. El presidente tiene algo muy importante de lo que preocuparse en estos momentos. Se muere, el presidente se muere.

El bloc de notas cayó de mis manos, y no pude reprimir un pequeño y ridículo gruñido gutural. El hombre se agachó, recogió el bloc, y me lo entregó de nuevo. Yo lo miraba atónito sin saber muy bien qué decir. Entonces aquel hombre de traje caro soltó una risa nerviosa.

- Así es, querido amigo. Sé que es difícil de creer, pero eso es lo que le ha impedido al presidente que cumpla con su agenda.- sus ojos se contrajeron.- No crea que es usted sólo. También tenían cita el obispo de Madrid, y debía despachar con el Ministro de Exteriores. Todas, anuladas, canceladas.

Recobré el aliento, y volví a encender un cigarro con las manos temblándome aún por el sobresalto. Di, de nuevo, unas caladas cortas y apresuradas y me deshice, una vez

más del pitillo. Abrí la pluma, busqué una página en limpio en mi bloc de notas azul, y me dispuse a escribir todo lo que el hombre me contara.

- Ya se habrá imaginado que soy un hombre cercano al Presidente, por eso no quiero que mi nombre trascienda. Podrá publicar todo lo que le diga, pero no dará mi nombre, ¿de acuerdo?.- me tendió su mano sudorosa cerrando un trato tácito.- De acuerdo. Esta mañana, después de la ducha habitual, el presidente quiso cortarse las uñas de los pies. Lo hace todos los lunes desde hace veinticinco años. Pues bien, hoy algo ha salido mal.- me hizo gesto de que le siguiese.

Comenzamos a caminar por el camino de arena amarilla. El hombre arrastraba levemente los pies provocando una nubecilla sucia alrededor de nuestros tobillos. El calor seguía arreciando, y, en las fuentes, los niños se mantenían de puntillas para acercar la boca al chorro de agua, que por esa época debía estar más bien caliente.

Nos alejamos de la residencia presidencial con paso lento y cansino, como si no tuviésemos intención, en realidad, de irnos nunca. Anduvimos unos minutos en silencio, hasta llegar a una cafetería de ambiente naif. En las paredes colgaban fotos de los actores y actrices del cine nacional, algunas de ellas firmadas, incluso, otras, tan sólo recortadas de revistas, o hechas al asalto en aeropuertos, o bares. Pedí un gintonic, y mi acompañante, un café solo, lo recuerdo porque me extrañó que esa fuera su bebida a la una de la tarde.

- ¿Y dice que el presidente está enfermo?.- pregunté mientras le observaba remover el café.
- Sí, eso he dicho.- dio un sorbo a su café, e hizo un llamamiento con la mano al camarero.- No sé qué clase de café es el que ustedes sirven aquí, pero lo que sí le puedo asegurar es que... esto, no lo es. Tráigame otro, si es tan amable.

Sus palabras siempre sonaban amables, pero con un tono de dureza que resultaba abrumador para todo el que las oía. El camarero se alejó con la taza de mi acompañante en la mano, y encogiéndose de hombros le dijo algo al hombre de la barra. Tardó un par de minutos en traer el café nuevo. Esperó junto a nuestra mesa a que el hombre lo probara, y sólo desapareció cuando éste hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

- Ve usted, siempre intentan engañarnos, hay que andar más listos que ellos.- me sonrió abiertamente tras beber otro poco de su café amargo.
- Cuénteme lo del presidente, por favor.- pedí impaciente mientras volvía a sacar mi bloc y mi pluma.
- Pues es bien sencillo, se muere.- por su tono parecía que estuviera contando el argumento de una mala película, nada se inmutó en su rostro.
- ¿Se muere?.- pregunté casi gritando.

Él me hizo señal de que bajara la voz, se aflojó el nudo de la corbata y se inclinó hacia mí, con las manos cruzadas. Miró a nuestro alrededor, y casi en un susurro siguió diciéndome.

- Como ya le he contado, el presidente se cortaba las uñas de los pies como hace todos los lunes. Parecía que había terminado, cuando se percató que de uno de sus dedos sobresalía una pequeña imperfección, como un trozo de uña mal recortado.- volvió a tomar un trago de café, se pasó la servilleta por los labios, y, después dejó caer los brazos a lo largo de su cuerpo.- Así que el presidente, que es un hombre extremadamente perfeccionista, decidió que podía hacer esperar a sus visitas para quedar completamente satisfecho con el acicalado de sus pies.

Volvió a interrumpirse para pedir, esta vez, un vaso de agua fría. No del grifo, debía ser mineral, pero con gas, dijo la marca, incluso, y esperó a que se lo trajeran. Abrió la botella con parsimonia, se sirvió el agua... Yo lo miraba sin dar crédito a todo lo que me

estaba pasando. No podía pasar que un presidente estuviera muriendo y uno de sus colaboradores estuviera, delante de mí, contándome impasible una extraña historia que creía a duras penas por afectar a quien afectaba.

- Bueno,- prosiguió- siguió recortando, pero aquel pico nunca terminaba de desaparecer, así que, el presidente dejó las tijeras sobre el lavabo, y comenzó a tirar con sus propias manos. De repente vimos, desde el otro lado de la puerta, que un hilillo de sangre se deslizaba hasta nosotros.- bebió de nuevo.- Así que llamamos a la puerta, y preguntamos si se encontraba bien. El señor presidente gritó que sí, que estaba bien, y que saldría enseguida.

Una llamada en su móvil interrumpió de nuevo su relato. Sospeché inmediatamente porque su semblante mudó el color. Quedó pálido, como sin aire. Se levantó, anduvo inquieto alrededor de las mesas del café, mientras desde el otro lado del hilo telefónico alguien le decía algo. Una vez terminada la conversación telefónica, se acercó a la silla sobre la que había colgado su chaqueta cuando llegamos, metió la mano en el bolsillo y cogió su cartera para dejar un billete de veinte euros en la mesa.

- Lo siento, debo irme.- es lo único que me dijo.

- ¿Qué ha pasado?.- pregunté mientras recogía mis cosas a toda prisa.- Deje que le acompañe, y me sigue contando.

Él me miró de soslayo, volvió a tenderme la mano como hiciera al principio, sin dejar de mirarme a los ojos.

- No es conveniente que me acompañe.- guardó de nuevo su cartera.- El presidente ha muerto. Verá, esperamos unos minutos tras el primer hilo de sangre, pero, pronto el hilo se convirtió en un reguero rojo y denso, aún caliente cuando lo toqué con las puntas de los dedos. Intentamos forzar la puerta, sin ningún éxito al principio. El cuerpo del presidente, yacía tras ésta, impidiendo que pudiéramos abrirla.

Insistimos, empujamos con el hombro los tres guardaespaldas y yo mismo, hasta que el cuerpo rodó unos centímetros, los suficientes para entrar al fin. La cara del presidente estaba marcada por el dolor. Yacía con una mueca de desesperación. Vimos junto al cuerpo las vísceras. El presidente, había seguido tirando de la uña rebelde y extrajo, primero, el colón, el estómago, el pulmón, el corazón y, por último, se arrancó la lengua, por eso no había podido gritar en su último estertor.- el hombre se dirigió a la puerta, con la chaqueta en la mano.- Cuando salí a darle el encuentro a usted, los cirujanos intentaban reconstruirle por dentro, pero no ha salido bien. Ahora debo volver.- dio unos pasos y se giró para mirarme.- Como le dije, puede publicarlo todo, excepto mi nombre.

- ¿Por qué me lo ha contado?- pregunté con verdadera curiosidad.-
- ¡Bah! Quién puede saberlo...

Al día siguiente todos los periódicos recogían la noticia, pero sólo yo contaba toda la historia.